

—Entonces...

—En estas circunstancias terribles es preciso decirlo todo claramente.—Uno á otro nos debemos la verdad, aunque ésta perjudique á un sér querido.

—No te entiendo.

—Quema eso.

—¿Por qué?

—Quémalo, porque no te sirve de nada. Es un arma de doble filo que te herirá á tí misma cuando quieras usarla. Perdóname la franqueza de mis palabras. Con esto podrás acusar á Federico victoriosamente. Por poca justicia que haya en un país, esto basta á meter á un hombre en presidio... Pero si lo haces, el infame debería ir á su destino muy bien acompañado.

—Deberia ir...

—Dígolo así porque en España las personas de cierta talla no entran jamás en la cárcel aunque lo merezcan... Pero tu expediente horrible podrá fácilmente cubrir de ignominia...

—¿A otras personas?...

—Sí; á una que tú quieres mucho y á quien no puedes desear daño... Pepa, por Dios, quema eso.

La dama se llevó la mano á los ojos, como queriendo poner un estorbo á sus lágrimas.

mas. Sacando nuevamente singular fuerza de aquel depósito inagotable que en su alma tenía, cogió el paquete, lo guardó en el *arca de los horrores*, y cerró ésta, diciendo:

—Lo quemaré más adelante.

De pié frente á Leon, dijo en voz muy baja:

—¿De modo que me es imposible incapacitar legalmente á mi marido?...

—Imposible.

—¿Me es imposible oponer un acto legal á su querrela?

—¡Imposible! Ahora comprenderás perfectamente la vacilacion de tu padre, su flaqueza acomodaticia, la cual no es sino miedo, miedo de entrar en pleitos con su enemigo, con el que un tiempo ha sido su cómplice. Todo es imposible, querida.

—No, no. ¿Por qué buscar siempre los caminos torcidos? Hombre, amigo, amante, esposo, ó no sé qué, á quien legitimo con la eleccion de mi alma, imítame en mi osadía,—dijo la dama con bravura, mostrando aquella resolucion valiente que en ocasiones la hacia tan bella.—Nos queda el camino recto, el camino fácil, el único camino, la fuga. El coche nos espera, nada nos estorba, nada nos falta... Tú eres rico, yo más... todo nos favorece, todo nos precipita.

—¡Imposible... locura! — murmuró Leon sombríamente.

—¡Locura!... es verdad que lo parece; pero no lo es... Parece un absurdo, un escándalo, un infame reto á la moral, y sin embargo, para mí que conozco el peligro y sé qué clase de enemigo tenemos, es cosa natural... ¿Crees que yo te propondría un escándalo semejante si no lo creyera necesario?... ¡Ah! tú no lo conoces, no sabes que yo, mi hija, tú, todos estamos en peligro... Temo un insulto, un duelo contigo, temo un homicidio... Los momentos son preciosos... Él no respeta nada. A cada instante me parece que le veo entrar...

—¡No y no! —dijo Leon con energía poderosa que tenía algo de crueldad.

Pepa, que en su osadía no cesaba de estar dominada por él, no se atrevió á protestar contra aquella espantosa fiereza para cerrar el único camino abierto á su felicidad. Temía que su insistencia provocara imposibilidades mayores aún y miraba á la esfinge, esperando que de ella misma partiera una solución á aquel problema que según ella la tenía tan fácil. Cansada de esperar dijo al fin:

—Pues si todo es imposible, seguiré el dictámen de mi padre; abriré mis brazos al canalla...

—¡Tú en poder de esa fiera! —exclamó Leon

como una cuerda tirante que estalla.—Sería preciso para tal consentir, que ni una sola gota de sangre me quedara en las venas.

—Pues si el mónstruo se aplaca con el Código,—dijo Pepa con sarcasmo,—le arrojaré á mi hija y me marcharé á vivir contigo.

—¿Separarte de tu hija?

—Ya ves que esto es más imposible todavía. Por todas partes á donde vuelvas los ojos no verás sino imposibles.

—Algun punto habrá,—dijo Leon meditando,—á donde pueda mirarse sin ver la imposibilidad.

—Ese punto, ¿cuál es?

—Lo sabrás á su tiempo. Antes de decirte, me será preciso hablar con tu padre, con tu marido mismo.

—¿Tú?

—Sí, yo... hablaré con él ó con sus tios, que son personas honradas y respetables. ¿No concibes tú que esto se resuelva sin fuga y sin pleito?

—¿Yéndome con él?

—Tambien sin ir con él.

—Eso no lo concibo.

—Yo sí.

—Sabrás algun modo secreto de hacer milagros. No... no hay milagro aquí. Huir es el milagro.

—No.

—Pues quiero pleitear, pleitearemos contra él los dos, tú y yo.

—¡Los dos! Entonces perderás, y tu hija te será arrancada sin que nadie lo remedie.

—Pues bien, puesto que me cierras todas las salidas, abre tú una; es tu deber.

—Mañana,—dijo Leon lúgubrementemente, mirando al suelo,—te abriré la única posible.

Pepa hizo un gesto de desesperación.

—¡Mañana!—exclamó pasando de la desesperación al decaimiento, cual áscua que de fuego se trueca en ceniza.—Tus *mañanas* son mi muerte.

—¿Insistes en la idea de la fuga?

—Insisto, porque cada minuto que estés aquí, y que esté yo y que esté mi hija, es un peligro para los tres... Esta noche, fúnebre para tí, es para mí la noche decisiva.—Es capaz... ¡qué sé yo!... Todo lo preveo y todo me hace temblar...—¡Le tengo tanto miedo, tanto!... Tengo por seguro que al saber que estás aquí vendrá y te provocará... ¡un duelo con él!... También temo que me insulte, que se me ponga delante... Siempre te aborreció... temo hasta el asesinato... me veo amenazada por no sé qué horrores... veo sangre... ¡Y es tan fácil salir de este círculo de miedo!... Sal de aquí y agúardame en tu casa.

—A su tiempo se hará todo.

—¿Me esperarás allí?

Leon iba á contestar, cuando creyó sentir rumor de pasos y cuchicheo junto á una puerta que en la alcoba habia.

—¿A dónde da esta puerta?—preguntó en voz baja.

—A una sala que se comunica con la japonesa.

—Ya ves... espian nuestros pasos, nuestras voces y... Son los testigos que se preparan para la prueba...

—Sabe Dios quién será. Supon que mi marido viene...—dijo Pepa deslizandolas palabras en el oido de su amigo como ladron que con ladron habla en la soledad de la estancia robada,—supon que entra aquí. Puede asesinarlos casi sin responsabilidad. La ley le ampara. Estás en la alcoba de su mujer.

Leon sintió una corriente glacial por todo su cuerpo.

—Calla,—murmuró al oido de Pepa.—Alguien acecha; pero es cuchicheo de mujeres curiosas y de hombrecillos menguados. No tienen más arma que su lengua.

—¡Estamos aquí para que ensayen su papel los testigos!—gritó Pepa separándose de su amante y parándose con actitud de leona frente á la puerta misteriosa.—¿Quién me es-

cucha, quién me vigila, quién pone su oído en mi puerta con acecho cobarde?... Estoy en mi casa, estoy en mi casa, y no con palabras sino á latigazos echaré de ella á quien no me respete.

Despues se volvió á Leon, diciéndole:

—¡Y todavía dudas!... Mil peligros nos rodean... Tiemblo por tu vida, tiemblo por todo.

Detrás de la puerta habia ya profundo silencio. Despues se oyeron menudos pasos de mujeres alejándose.

—Oye esas pisadas de gato,—dijo él.—Los cobardes no matan, pero ya nos arañarán el rostro.

Al decir esto, ambos se asustaron porque una persona habia entrado en la alcoba por la habitacion de Monina. Era el marqués de Fúcar. Venia muy alterado.

—Tengo que hablar con mi hija,—dijo á Leon con cierta seriedad.—Qué seria de ella si un padre solícito... Despues hablaré contigo, Leon. No, mejor será que hable antes... ¡Qué asunto tan delicado!... Vengo de... En fin... hija mia: un momento, Leon y yo tenemos que decirnos dos palabras. Pasemos aquí al cuarto de la nena.

La dama se quedó en su alcoba oyendo el rumor de las voces de su padre y su amigo,

pero sin entender nada. Ignoramos lo que hablaron. Pasado un rato, D. Pedro volvió solo al lado de Pepa. Esta miraba con afán á la puerta esperando al que poco antes saliera por ella; pero segun dijo el marqués, ambos señores habian convenido en que el amigo no debia asistir á la conferencia entre el padre y la hija.

Retiróse Leon al cuarto que habitaba, no lejos de la sala *Inceivable*, y pasó la noche en las crueles ansias del combate interior. Era este primero como una disputa entre formidables enemigos. Despues el combate tomó la forma pavorosa de preguntas, á las cuales era preciso contestar de algun modo.

¿Huir con ella en el momento? Esto no podia ni siquiera pensarse.

¿Huir más tarde? No se resolvía nada.

¿Dejarla expuesta á la mala voluntad y quizás á las violencias del otro? No podia ser.

Mas, por el momento, las conveniencias le mandaban salir de Suertebella y retirarse á su casa, donde podria seguir discurriendo lo que debia hacer. Verdaderamente esto era lógico; pero más lógico era no desamparar á la que de él tan cordialmente se amparaba. Si habia peligros para entrambos en Suertebella, érale preciso seguir allí, desafiando los comentarios del público. La opinion de los

demás sobre aquel asunto suyo había llegado á serle indiferente, y decidido á obrar conforme á su conciencia, despreciaba el juicio de la muchedumbre. Quedándose allí debía arrostrar la desagradable impresion de las visitas que le harían al día siguiente sus amigos y conocidos, gente ávida de dar un pésame en las condiciones más singulares. Todo el mundo sabía lo que pasaba. Era seguro que hasta los amigos ménos afectuosos vendrían á verle allí, sólo por verle allí, en el teatro de su doble desgracia y de su escándalo. Pensó que no debía recibir á nadie; pero despues pensó lo contrario. Sí; afrontaría con valor la implacable embestida de la curiosidad y de la novelería. ¿Por qué no? Aquel enjambre social, viviendo en el goce del pecado propio y en la eterna crítica del pecado ajeno, no le inspiraba temor, sino desprecio. Además, el marqués de Fúcar le había rogado que se quedara para prestar su cooperacion á un benéfico plan que meditaba y que seguramente saldría bien, á pesar de no ser contrata ni empréstito.

XVII

Visitas de duelo.

Despierto estaba aún y batallando en su interior al romper el día; pero luego sintió gran fatiga, y cerrando todo durmió algunas horas, con ese sueño breve y profundo que en la última madrugada suele acometer al reo en capilla y parece, más que sueño, una como embriaguez que el dolor produce cuando es fuerte y continuo.

Hora de las diez sería cuando su criado le ayudaba á vestirse, informándole de muchas cosas interesantes. El cuerpo de la señora había sido colocado en la capilla, con beneplácito del marqués de Fúcar, y el padre Paoletti le había velado la noche anterior y le velaría todo el día y la noche siguiente, rezando de continuo. El mismo señor y el cura de Polvoranca, y el de la parroquia, habían dicho